

compartimentada literatura española de nuestro tiempo, en circunstancias y géneros que debieran ser integradores?

El conocimiento y aliento de sus obras de creación, sobre todo aquí, donde impera al respecto una especie de localizado analfabetismo, es deber apremiante. Para remediarlo, se imponen la prudencia y la sincera identificación que no rescolde la probable y amenazadora esquizofrenia. «Los cachorros», permítaseme la propia denominación, una vez más, reclaman que se respete y valore su pertenencia a la cultura mexicana y la percepción de su origen, natal y familiar de hispánica raigambre. Mitades enriquecedoras, puente inestimable entre los dos pueblos. De nuevo, en concepción de fecunda compatibilidad y complementariedad. Altamente deseables serían exámenes descriptivos y de rigurosas interpretaciones, que en el terreno ahora señalado, se añadieran al trabajo de desbroce, ya indicado, de Eduardo Mateo y actualmente sin los impedimentos de la censura de otrora, lo que encarnó en la difícil oportunidad, importunidad para el régimen dictatorial, el libro, tan eficaz y digno de alabanza, de José R. Marra López, *Narrativa española fuera de España*, que lamentablemente no ha sido reeditado, con los útiles apéndices y ampliaciones que le confiriesen actualidad o en volumen complementario a ello dedicado.

Ahí tendrían cabida los veteranos —en su órbita— Ramón Xirau, Claudio Esteva Fabregat, Ángel Palerm, ensayistas de fuste. Y se encontraría la comparecencia narrativa, en torno a una temática traslaticia de recuerdos e invocaciones españoles, que posteriormente desplegaría, con ahinco, desde un centro universitario norteamericano, en impresionante pertinacia, Roberto Ruiz (erre que erre...), matizada a trechos de patetismo. Y la primacía que rebasa el círculo de la revista *Presencia*, marcadísima. Y no de modo casual, por la poesía, como ámbito conjuntivo y hasta defensivo, de la naciente española y la mexicana impregnación. A la pureza de índole lírica de Enrique de Rivas cabe sumar el rigor de Tomás Segovia, el más difundido, y relativamente, en estos pagos peninsulares. Y la del gran intimista Jomí García Ascot. Y los versos, de aguda línea y tono rumoral de Luis Ríos, acomodable con su aspecto de larguirucho doncel, fallecido sólo meses antes de la muerte de su entrañable amigo Daniel Sueiro, para mí igualmente entrañado Daniel Sueiro, víctimas ambos de la peste moderna. En el libro de homenaje a Eugenio de Nora, me ocupé de la entrega de la revista *Peñalabra*, en el número monográfico que recogió la producción poética de esta generación, en antología de Francisca Perujo y emotivamente prologada por Francisco Giner de los Ríos, hermano mayor de ellos, casi de mi quinta, cuya obra se equipara, por las trazas, y el silencio ajeno, enajenado, como de un cartujo.

(Por dictado de objetivación y de pudores, no he dado cuenta no exenta de sinrazones, ni detallé las titularidades de mi generación. Alertadora orografía la suya).

Por múltiples motivos debemos reparar, detenernos, en el caso de Angelina Muñiz. En mi sentir es, con Roberto Ruiz, quizá la más notable prosista relatora. En sus argumentos y gracias a un estilo expresivo y ceñido, sus libros, buen plural, en creciente, es la antítesis de algunas trivialidades, cacareadas, en derredor. Su esclarecida voluntad, vital y literaria, domeñan la enfermedad aferrada y su escritura prosigue y se reafirma.

Junto al polifacético y burbujeante José de la Colina, cuentista, crítico, alineo a Juan Ramón y a Federico Arana, de ellos supe ya cuando niños, personalidades de cineasta,

el primogénito, de novelista caricaturizador el pequeño, de talla alta y robusta, desgarrado, de poderosa zancada, varios sus saberes, así ensayista humoral.

En este capítulo, y la evidente simpatía no me obnubila, se patentiza la pereza mental que padecemos, se pone asimismo de relieve, una garrafal incomprensión del mestizaje y un complejo de superioridad, más o menos al descubierto, que sería corregible, en salsa de autocrítica y a través de un proceso educativo. Enmendable debe juzgarse una suerte de rechazo, de un «nomadismo» que por ahí se tropieza, en ocasiones.

Nos atañe, deduzco e induzco, en esta coyuntura, de «mágicas fechas», leer serenamente, con la precaución, o salvedad, de un moderado distanciamiento, a los portavoces que respondían a las ideologías en brega, centros e instituciones circulantes del abanico antifranquista, del exilio y del «interior» hasta el acaecimiento de la segunda guerra mundial. En demasía didáctico sería para todos, como trasfondo de la funciones históricas e historicistas, el espejo retrovisor, con el riesgo, ineludible, de que resultaría vano y un tanto cruel, transtierro incurso, en un espigar antológico dolientemente irónico... y compartido. ¿Sería el penúltimo aviso en la remanente tauromaquia nacional?

Quizá se ratificaría el aserto de que la derrota de un régimen, por injusta que fuere, encona los temperamentos y adultera las ideas motrices. Se hurga en las heridas apenas cicatrizadas y prolifera lo hiperbólico, en el reparto, con sus gotas desmesuradas, de enaltecimientos y culpas. Obcecación acusan, por bastardías, las polémicas, en cuantiosa proporción. Suelen instrumentarse las generalizaciones. Apelan a la fórmula maniquea, la más socorrida, no ya sólo en lo que al franquismo y las gentes bajo su yugo concierne, sino en los debates del exilio-transtierro, mor de las incertidumbres y las esperanzas —de corte pueril, por veces— matizaron aquel período —subyacentemente convulso—. La determinación del propio discurso —expuesto a la retórica— suscitó numerosas improvisaciones. Mientras, merced de los dioses, la existencia fluyente y las meras faenas, educativas, constructivas y creadoras, las veraces conductas, se emanciparon gradualmente.

Los castillos de naipes se desmoronaron al perpetrarse los acuerdos de Yalta, quedaron oleadas las esferas de influencia, que generó la dilatada guerra fría de los dos bloques vencedores de una contienda en que los combatientes republicanos en Europa y África cumplieron heroicas jornadas y articularon las luchas de liberación, extremo que fue, para los aliados eventuales, preciso arrinconar y oscurecer. El «sistema», aquí, se frotaba las manos enturbiadas.

Después, pese a todas las acciones impugnadoras del legitimismo republicano (reunión de las Cortes en México, que nos ilusionó, en mayor o menor medida, el majestuoso Zócalo por testigo y de la constitución del Gobierno Giral), de la solidaridad de amplios sectores de la opinión pública, por doquier y de los certeros alegatos en la ONU (memorables los razonamientos del delegado polaco) y de las protestas mundiales de los más autorizados humanistas y su ejemplaridad democrática, un cimentado fervor condenado a pudrirse.

Las elusiones trapaceras y las maniobras y compadrerías pseudodiplomáticas (del alarmino, a gruesos titulares, con los signos falaces de un anticomunismo visceral casi al parigual de la desnaturalización stalinista, casaba —en anverso y reverso— del primitivo ramaje reaccionario de la dictadura de Franco) y los esfuerzos de los voceros de

estricto carácter independiente, de limpia prosapia intelectual y literaria y artística no alcanzó a silenciar por entero el mensaje del número extraordinario de *Las Españas*, dirigido a la ONU, que además de contener declaraciones eminentes y magnánimas (¡cómo nos sentíamos respaldados!), incluía la preciada panorámica de lo que el pensamiento, creación de varias inagotables simbologías realizados por poéticas, novelescas y pictóricas ideaciones y realizaciones representaban, para la humanidad, logros impecederos.

Las repercusiones generacionales se reflejaron en posturas forzadas, inteligibles, hoy más aún. No ya sólo en los minifundios políticos (hallé instintivamente, al escribir la frase, que calificará para siempre, en mí, a pesar de limitarse a dos vocablos, registra una desdichada inclinación, nacional e iberoamericana). También en extensas y ramajeadas metas que, excepto en los eslabones de su incompatibilidad orgánica contrastan casi al igual que un repudio físico, hacia la dictadura.

(Otro indispensable inciso: al cabo de la esbozada puja, la España franquista —y el adjetivo se antepone al sustantivo, en cuanto a pintarrajeada sangre y groseros escarnios— ingresó en el remedo de la que fuera Sociedad de Naciones, la inoperancia ginebrina se neoyorquizó).

Si los adheridos a rótulos e ideologías partidistas sufrieron el desafuero a guisa de bíblica sentencia (del violento Antiguo Testamento) y se encastillaron en una maltrecha fijación de la vigencia de la Constitución del 31 y de sus derivados, los de mayor y dinámica entereza, los que no podían renunciar y menos aún inhibirse, recurrieron, doctrinal y tácticamente, a inmediatos lemas y objetivos en el ajedrez de las alianzas. Mientras proseguía, más en sordina, el vano, deprimente juego de las gestiones en la cancillerías supuestamente con engañosos huecos de ambigüedad. O bien se instrumentaba la lucha en el interior, arriesgadas y abnegadas, cuando no mortales agitaciones. Bajo cuerda, contra los cordajes exteriores.

Los veteranos —anteriores altos cargos, ex funcionarios calificados, los que fueron, en varias hornadas institucionales, diputados y dirigentes de organismos provinciales y de ayuntamientos, etc.— encarnaciones, por veces espectrales de una continuidad desvanecida, que rayaba en lo imaginario ocupaban una senatorial parcela de la totalidad, sumidos y minados por la absoluta desesperanza.

El listín diferente de las profesiones liberales (médicos, abogados —éstos con nutrida clientela para separaciones, divorcios y rematrimoniales—, aquí la sonrisa torcida ocultaría los torniquetes de las frustraciones, la nómina, bien provista, de los desencuentros), catedráticos y maestros, obreros especializados y empresarios ascendidos, no desmayaron en aquella situación adversa y se registró la sucesión de los descubrimientos enraizados, de los factores constitutivos de las Américas, la percepción virtual de las causas del auge imperial y la consiguiente decadencia de España, la firme voluntad de conjugar en lo mexicano, afianzar su situación social y económica, consolidar hogares permanentemente abiertos a los cruces de orígenes, fomentaron su puntualización y conciencia del mestizaje.

Coincidieron en este apego con los heterodoxos que surgían y se configuraban en el redescubrimiento de la América real, equidistante de la leyenda negra y de su contrapartida ditirámica, en el anhelo de buscar, en el pasado mitificado o denostado,

en el rescate que determina la ponderación, la verdad y esclarecimiento que han de modelarnos, todavía.

Redescubrimiento «in situ», y no en tránsito, o por ilustración libresca, exploración y argumentales afirmaciones a la vez. Para unos implicó, al cumplirse, una rumia soterrada o la reintegración, hipotética e inverosímil entonces, de su retorno espiritual pleno a España. Impracticable, puesto que, de producirse una situación que en equis dimensión lo permitiera, a quizás en palmario largo plazo, habrían establecido intereses, fundado parentela, contraído amistades hondas. Nada de extraño tiene, en consecuencia, que el problema de España y de su asunción —o elusión realista, pragmática— diera lugar, en cierto modo sucedáneo, a un adentramiento en la vital y concreta comunidad novohispana. Ocurrió en los terrenos de la agregación industrial y mercantil y bien indicativa y fehacientemente respecto a la función-misión pedagógica y académica y en ámbito sectorial, en menor cuantía, en lo que atañe a la literatura, al arte, al periodismo.

El reto conceptual de dilucidar, aunque fuera en aproximación, el ser y estar de España, correspondió, ante todo, a la generación de la guerra civil internacionalizada. Partícipes de los valores y dolores, del rastro iluminador en que confluyen lo prehispánico, el anverso y reverso del Descubrimiento, de la conquista, de la era virreinal, amonadas determinadas rudezas de la colonia, en tanto que amplia circunstancia ensambladora y de rasgos contradictorios, escrutadores, a nuestro trasplantado aire —de los movimientos de independencia, emociones y criterios remansados nos llevaban a tipificar nuestra caracterización de la naturaleza de la patria, que nos habían secuestrado, y de la razón y sinrazón de sus desventuras y de los entresijos de sus confinadas, paralizadas energías.

Era inexcusable detenerse, meditar en rigores, coadyuvar a la formulación de una conciencia que a nuestro país importaría, abstracción hecha del abismo que tajaba a los usufructuarios —negaciones piramidales— del poder y a los extrañados, ilusos, que sí propugnaron la convivencia democrática y la revisión de los motivos genuinos de la enajenaciones, caducas desde su nacencia, de un imperio omnipresente.

Pero la definición fundamental, que histórica y virtualmente conformábamos, era la condición —y caracterización— de España, prevalecía también la actitud de retrospectión y, correlativamente, en las latitudes de presente y futuro, una dolencia de los exiliados-transterrados, perspectivismo la llamaríamos.

Con el título *Las Españas* de la revista que lanzamos José Ramón Arana y yo (acompañados en las siguientes etapas, de acuerdo y denominación idea fundacional, por José Puche Planás, Anselmo Carretero, Mariano Granados y Eduardo Robles) encabeza- mos esas convicciones, de cuyos principios y pormenorizada marcha, no sería adecuado sino importuno y repetitivo explanar ahora. Resultaría premonitorio para los auspicios y zigzagueo de la aún circundante transición. Proporcionaría un ejemplo modestamente precursor de representatividad y tolerancia: allí se recogieron todos los registros intelectuales, ismos y escuelas, literarios y diapasones ideológicos, en sus páginas se aposentaron, como una tónica distintiva.

(Inexcusable encarecer que en nuestra visión general, de un marco constitucional y confederador de las propuestas delineadas, algo influyó una dilatada coexistencia con

el elevado número de catalanes que, dada su idiosincrasia y la composición, cuantitativa y principalmente cualitativa, de los que cruzamos la frontera por su raya oriental pirenaica. Determinados logros posteriores, de conocimiento, han de atribuirse, en perceptible proporción, a esta suma de elementos y causalidades. Engrosó y se revitalizó el añoso Orfeó Català; el grupo de «Amigos de Las Españas» fue determinante apoyatura para la creación del Ateneo Español de México, que verificó —trayectoria que persiste—, trascendentales tareas de tesonero despliegue cultural.)

A pesar de discernibles impedimentos, por banderizos resabios, los «tenaces» y en virtud de los impulsos de renovación que animaban a las mujeres y hombres de *Las Españas*, a los lectores que nos respaldaron, una de las máximas preocupaciones de la revista se cifró en las vinculaciones posibles con la «España permanecida», con lo que se ha venido en llamar —irreprochable justeza— «el exilio interior».

«La España permanecida» abarcaba, para nosotros, a los intelectuales, escritores y artistas, que no alcanzaron, en la zona centro-sur, a surcar las fronteras mediterráneas —agua de mar, salada, mayo siniestro— y que asistieron —la ley de supervivencia— y tras las peripecias, hartas amargas, de los campos de internamiento y de «trabajo», cárceles, inhabilitaciones y persecuciones, penosa y vigilada inmersión en una colectividad destroncada y difíciles y trabajos sin firma o prohijados pseudónimos dentro de la cultura que cercenaron a un proceso de ignominias. A los obstáculos de localización y conexión se añadía la incógnita, sólo parcialmente avizorada, de las promociones siguientes, del predominio juvenil que suponíamos, imbuidos, al cabo de accidentada formación y vedada información de concepciones afines a las nuestras, correspondientes a los entornos del franquismo. Falta una fidedigna crónica —testimonio y juicio— del exilio interior —el libro de Salabert lo bautiza y revela uno de sus sintomáticos ángulos novelescos. Uno de sus más importantes y detalladores enfoques nos los proporcionarán, confío, por lo avanzado y amplio cronológicamente estructurados, los *Cuadernos de Miguel Alonso*, de Ramón de Garciasol. Esclarecedoras, mortales ausencias de varias catárticas iluminaciones. Lo apuntado y el carácter negativo de una asfixiante sarta de retriaciones, pautan los destinos de la «España permanecida». Parejamente la torsión a que las expresiones a cabalidad estuvieron sometidas y entumecidas. A distancia —territorial, claro— eran aún más acusadas, y acusadoras, las insularidades de su germinación. Emparejábese la naturaleza quebrada, fragmentada que suponíamos y que el paso de los deslustrados lustros incrementó.

Aprehendíamos los residuales componentes de la «España peregrina», las degradaciones de rutinarización, que la ignorancia virtual de lo que en el país no sólo había ocurrido sino el orden, fáctico y falso que apuntalaba y coartó la recíproca inteligencia.

Por ejemplo, y a efectos conceptuales secuelados, en el exilio-transtierro en general, y en el de México más entremezclado, la tendencia minoritaria pero irradiante, de recomponer una secuencia medular, la imagen plural de España resultaba más ardua que la efectuada por los prohombres del 98: para esta retrovisión, aparte de los anhelados nexos con la «España permanecida», lo captado y expuesto se dirigía, por dilemáticos cauces a un presunto auditorio, como amasado en nieblas, de correspondiente, arriesgada teorización. Y sin embargo, lo intuíamos necesario, cooperante, un elemento adicional, inexcusable, de nuestro conocimiento.

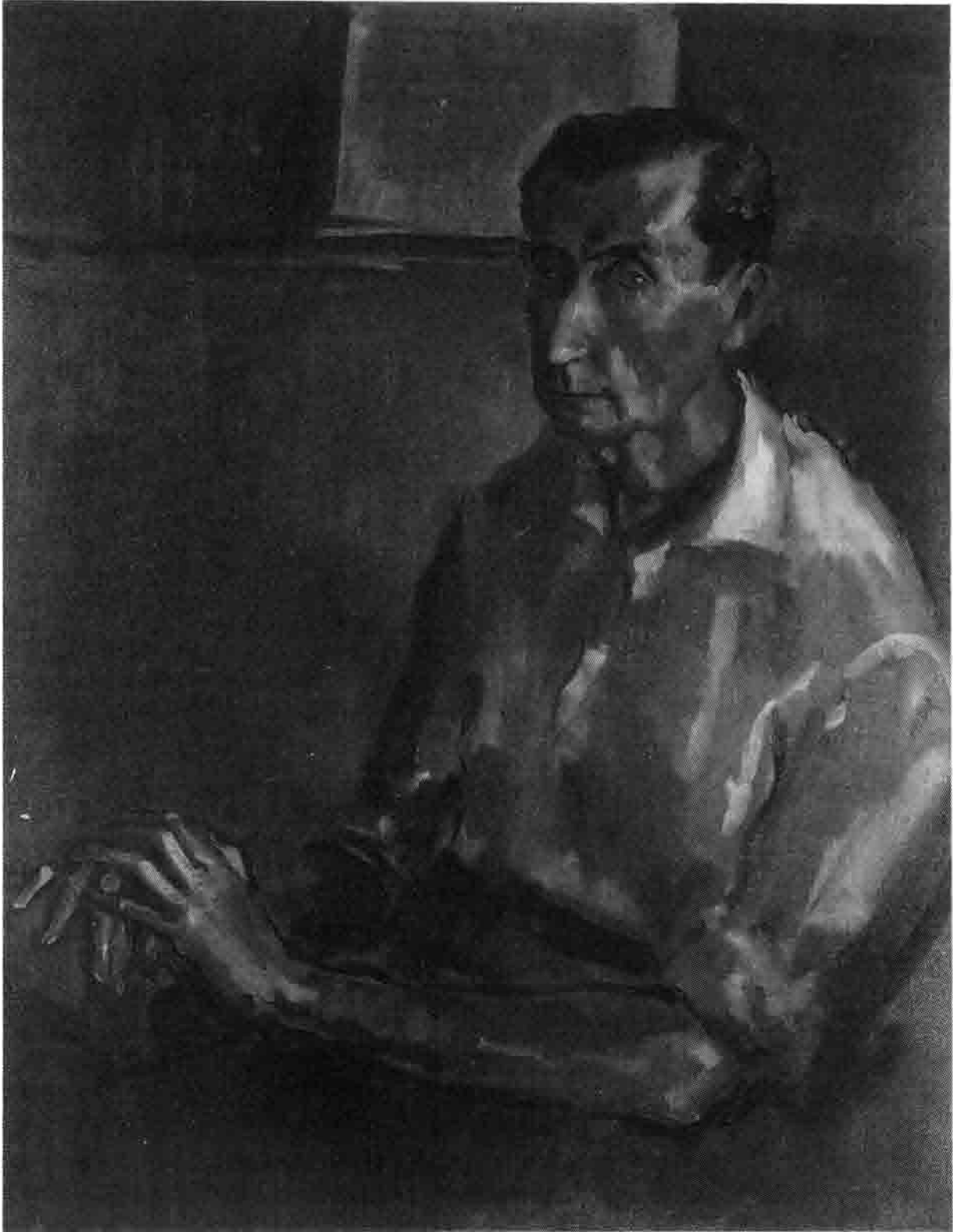
El mejor y más inmediato campo de interpretación hubieran podido ser los modelos de la citada generación del 98 y sus estelas. Sus integrantes habían trazado un repertorio de pensares desde España, para la atención de sus prójimos, a su vera, acordes con los paisajes que los unían, en posesión de marcadas rutas, establecidas y transitadas. Para este vivo idear y transmitir —incluso cuando hablan los silencios en torno—, exentos de vacíos en la inspiración y en sus reflejos, se basaban en una serie de particularidades y deterioros castizos, en la pérdida de las últimas colonias y en la desdichada y torpe campaña, succionadora, de Marruecos.

La «España peregrina» era la consecuencia de un extrañamiento colectivo, despótica punición sumada a la experiencia, rica en supuraciones de injusticias y agravios, de una guerra civil, internacionalizada, vuelvo a subrayar, de tan vastas intensidades, sin precedentes en las confrontaciones salpicadas en el tiempo y en el espacio, del siglo XIX singularmente.

Si patente es la diferenciación, se resalta (aquí, en la «España permanecida»), la carencia, que destacábamos, de testimonios articulados, de una documentación que finiquitara la red de ocultaciones y de excesivos miramientos), la despreocupación, demasiado frívola, por rigurosos estudios sociológicos que argamasen los rasgos fisiológicos y psicológicos del exilio-transtierro en Iberoamérica, donde los «pertenecientes» a México serían puntos centrales de investigación también faltan. Empeño que empieza a ser tardío, lo que agrava la «desmemoria», pues ralean unas contribuciones, de inteligencia, clarificación e importantísimos recuerdos no escritos, que sitúen, y por tanto proyecten y hagan constar todo un testamento de sinos y azares, de competencias, flaquezas y fidelidades.

A los inestimables frutos de interés y construcción académicos (Nathalie Jiménez, Eduardo Mateo, Marielena Zelaya, del volumen presidencial «El exilio español en México» y la obra *El exilio español de 1939*) la serie de mayor envergadura que José Luis Abellán y yo podríamos apostillar con datos objetivos, «internos» y de evidente significación, no se ha completado, no repararon suficientemente, en las esferas oficiales o de tipo fundacional, en los medios de comunicación, de manera sistemática y no «atendida» a los «sucesos». Y se sustrae a la memoria que debiera hallarse en constante atención el patrimonio —panoramas y análisis, pormenorización en algunos casos, que el exilio—transtierro implica. Son evidentemente guadianescas, con «inocentes amnesias», las reconstituciones. Mientras, no disponen, ni en España ni en América latina, de este conocimiento esencial, objetivado. Y pendiente.

**Manuel Andújar**



Ramón Gaya: *Retrato de José Bergamín* (1961)